

MEMORIAS DE PABLO NERUDA

A pesar de la manquedad de forma y la aborrascada intención politiquera de buena parte de su diluvial producción en verso, Pablo Neruda sigue siendo uno de los poetas verdaderos del habla castellana. Su posición cenital es tan indiscutible como la de aquellos grandes españoles —Hernández, Lorca, Antonio Machado, Jiménez—, a quienes han ido sacando de nuestro mundo físico la tragedia o el tiempo. En América sus dimensiones son de las mayores. Ello tiene toda la fuerza de un axioma. Y a eso obedece el que una revista brasileña haya recogido las remembranzas personales de Neruda, para publicarlas en varias entregas.

No deja de agradar la inteligente discreción con que el poeta va articulando sus recuerdos. No se pueblan éstos de la fanfarronería que es común a las gentes que viven convencidas de su lustre, y en quienes el éxito —muchas veces trivial— y la vanidad se muestran como realidades concomitantes, como las dos caras de una misma moneda. Hay tanta memoria esponjosa, tanto anecdótario infeliz, anejo a la cursilería, que no se puede sino ir prevenido y con irrenunciable repugnancia a la lectura de esa laya de trabajos. El alma de veras notable no tiene por qué henchirse de falso alarde, y ama la austeridad. Un caso ejemplar, que conviene recordarlo siempre, es el de Antonio Machado, que limitó la autobiografía que le solicitaron a la extensión de una página.

Pablo Neruda ha esquivado con agilidad lo superfluo y lo que pudiera correr el peligro de revelar egoísmo estéril. Ha ido evocando aspectos de su existencia errabunda que permiten conocer o aclarar el por qué de los sesgos de su cambiante poesía. Al conjuro de tales recuerdos se mues-

tra más de un rasgo interesante del semblante de su pasado, en el que se asocian la experiencia humana y el impulso jamás debelado de la creación literaria.

Haciendo memoria de sus años infantiles en la nativa ciudad de Temuco, en el centro de Chile, dice que su "único personaje inolvidable fue la lluvia. La gran lluvia austral que cae como una catarata del polo". Seguramente era una de esas lluvias cargadas de paciencia, interminables, que suelen también golpear con reciedumbre en pueblecitos y ciudades de nuestros Andes taciturnos. "Cada casa —escribe Neruda— era una nave que difícilmente llegaba a puerto en aquel océano de invierno". La impresión pluviosa parece que efectivamente le mordió con fuerza en su más íntima sensibilidad. El agua y la percepción de las cosas húmedas le han estimulado una extraña inquietud. Ya a los seis años de edad, al iniciar sus esfuerzos de escolar, tuvo un subterráneo como "el sitio de mayor fascinación". Había allí un silencio y una oscuridad muy grandes. "Todavía conservo —asegura—, todavía conservo en la memoria el olor a humedad, a sitio escondido, a tumba, que emanaba del subterráneo del Liceo de Temuco". Y posteriormente, en la hora de la madurez y de la realización lírica plenaria, que es la de sus "Residencias en la Tierra", comparecieron porfiadamente las mismas impresiones, probando lo que había de pureza y esencialidad en ellas. El cuerpo de diminutos cristales en que pasan reventándose los ríos, el agua que tremola sus fríos estandartes de la derrota y la fuga, y en cuyo rumor lastimero no hay quien desoiga la admonición heraclitiana, le sirve a Neruda para definir el curso de la muerte. Abundan los símiles en los que relaciona la pobre, transeúnte y golpeada existencia del hombre con el agua errabunda. Y ve en la lluvia el clima y la imagen de las vidas para siempre deshechas. Una prosa impresionante, que coincide con la emoción funérea de muchos versos de sus "Residencias", es la de "La Copa de la Sangre": recuerda en ella que hicieron abrir cierta vez el nicho ya sellado de uno de sus deudos, y que encontraron que "la humedad de la zona había partido el ataúd". Y al bajarlo de su sitio —agrega el poeta— "ay sin creer lo que veía, vimos bajar de él cantidades de agua, cantidades como interminables litros que caían de adentro de él, de su substancia". Era la lluvia del austral invierno, una lluvia trágica que "había atravesado techos y balaustradas, ladri-

llo y otros materiales y otros muertos hasta llegar a la tumba de su deudo".

Los años infantiles y de adolescencia en Temuco, al encenderse de nuevo estimulados por el resollo de estas memorias neridianas, nos revelan un temperamento más bien doliente, familiarizado con las asperidades de los trabajos paternos. Una disposición emotiva y observadora, que se nutre con vehementes lecturas, caracteriza al pequeño solitario. Entre sus descubrimientos de entonces figura el de Gabriela Mistral, "señora alta y mal vestida" que llegó como directora del Liceo de Niñas de Temuco, y a quien el poeta "la miraba pasar por las calles del pueblo con sus tacones bajos y sus ropones talares". Yo era —dice— "demasiado joven para ser su amigo, y demasiado tímido y ensimismado". Con todo, la frecuentaba y recibía de ella libros y consejos que le permitieron conocer y amar a Dostoevski, Tolstoi y Chéjov.

Su juventud y sus días de universitario en Santiago de Chile se cargaron de una suerte por lo común zahareña. Su silueta "delgadísima y afilada como un cuchillo" —tan distinta de la que pesadamente lleva a cuestas el día de hoy— y vestida invariablemente de negro, rondaba por los cafés de la bohemia intelectual de Santiago. Allí tropezó con Romeo Murga, "un Quijote de dos metros", magro como él, y juntos se presentaron en los juegos florales de la ciudad de San Bernardo, en donde todo era belleza femenina que subyugaba, música alegre y boato rutilante. "Cuando yo entré —confiesa Neruda— y comencé a recitar mis versos con la voz más quejumbrosa del mundo, todo cambió: el público tosía, lanzaba chirigotas y se divertía muchísimo con mi melancólica poesía". Lo mismo aconteció con Murga, y los dos entecos y plañideros declamadores fueron echados del lugar, al grito de "¡Poetas con hambre, váyanse!".

Pero parte de ese mismo público greñudo y superficial gozaría más tarde repitiendo de memoria los versos de "Farewell", poema que Neruda publicó en su primer libro, todo de adolescencia: "Crepusculario". Aquellos versos son sin duda lo mejor de la obra, pues que ésta apenas si alcanza el nivel de lo mediocre. Por eso se desprendieron del conjunto, y hasta ahora —cual lo asegura el poeta— van de boca en boca por el mundo entero. No hace mal Pablo Neruda en recordar que García Lorca equiparó la difusión incontenible de "Farewell" a la de su romance de "La Casa-

da Infiel". La tan celebrada canción nerudiana es la que termina de este modo:

"Fui tuyo, fuiste mía. Tú serás del que te ame,
del que corte en tu huerto lo que he sembrado yo.
Yo me voy. Estoy triste. ¡Pero siempre estoy triste.
Vengo desde tus brazos, no sé hacia dónde voy.
... Desde tu corazón nos dice adiós un niño
y yo le digo, adiós".

Una emoción nueva, que impresionó gratamente a algunos de los más notables poetas de España, y que iría moviendo y soliviando el corazón de las juventudes americanas, se anunciaba en tales versos. Eran ellos el feliz presagio de los "20 Poemas de Amor", con que Neruda se trocó en el pastor de incontables rebaños de poetas de nuestro continente.

Una leve alusión, entre veraz y fingida, es cuanto destina Pablo Neruda a su cancionero de amor, el de los 20 Poemas. Ello no deja de extrañar al que sabe cómo resonaron esos versos en el alma hispanoamericana. El acento melancólico que los posee, comunicándolos aptitud para embellecer tiernamente el tema erótico, determinó su circulación irresistible, su disposición imperativa para hacer prosélitos, su capacidad para ir aposentándose en la memoria de algunas promociones juveniles de nuestro continente. Hacia 1924 aparecieron aquellos "20 Poemas de Amor y una Canción Desesperada". Casi cuatro decenios han corrido desde entonces. Pero todavía, y con pareja fruición a la de esos años, se andan repitiendo aquellas expresiones inolvidables del Poema 20:

"Ya no la quiero, es cierto, pero cuánto la quise.
Mi voz buscaba el viento para tocar su oído.

De otro. Será de otro. Como antes de mis besos.
Su voz, su cuerpo claro. Sus ojos infinitos.

Ya no la quiero, es cierto, pero tal vez la quiero.
Es tan corto el amor, y es tan largo el olvido.

Porque en noches como ésta la tuve entre mis brazos,
mi alma no se contenta con haberla perdido".

Y más aún se recuerdan, por la sencilla precisión del lenguaje y su pureza lírica los versos del Poema 15:

"Me gustas cuando callas porque estas como ausente,
y me oyes desde lejos, y mi voz no te toca.
Parece que los ojos se te hubieran volado
y parece que un beso te cerrara la boca".

.....

"Déjame que te hable también con tu silencio
claro como una lámpara, simple como un anillo".

Pablo Neruda tenía en sus veinte años el corazón penetrado de auras románticas. Se las percibe entre el intenso forcejeo sentimental del aludido poemario. También en el estilo de su vida de entonces. Su silueta casi espectral, su capa anacrónica y el ala do sombrero que aumentaba la melancolía de su rostro cadavérico, que son los que aparecen en la imagen que ha publicado en sus "Memorias", revelan bien aquella filiación.

Y no sería extremado ver algo de la impulsión de libertad que caracteriza al romanticismo en las producciones nerudistas de la madurez, cuando el poeta atropella los cánones de la estética y aun subvierte la sintaxis rutinaria de nuestro idioma.

En los 20 Poemas no hay todavía esa rebelión pertinaz, casi radical, contra los dogmas de la lírica. Los aciertos de expresión de Neruda mantienen su ligadura con la normación tradicional. Pero una ola de frescura nueva, que anunciaba la presencia de un creador vigoroso y original, cautivó fácilmente a poetas y lectores del medio hispanoamericano. Actualmente trabaja la casa Losada la edición conmemorativa del millón de ejemplares que de ese libro lleva publicados.

Otro de los hechos de adolescencia que aparecen en los recuerdos de Neruda es el de su amistad con Alberto Rojas Jiménez. "Entre mis compañeros de aquel tiempo —dice—, encarnación de una época, gran despilfarrador de su propia vida, está Rojas Jiménez. Elegante y apuesto, a pesar de la miseria en la que parecía bailar como un pájaro dorado". Hacíales coincidir en una alianza fraterna la sensibilidad común por la poesía y una muy semejante

propensión noctívaga y de bohemia pobre y desprevenida. La muerte derribó a aquel compañero, y bajo tal impresión escribió Neruda en la ciudad de Barcelona el extenso canto elegíaco "Alberto Rojas Jiménez viene volando". Nuevamente asoció la imagen taciturna de la lluvia a la de la existencia que se desintegra y va cayendo sin medida entre los muros verticales de la huesa. Aun más, hizo esta referencia: "había muerto tan lejos, en Chile, en días de tremenda lluvia que anegaron el cementerio". Los versos aparecieron en una de sus obras fundamentales: el tomo segundo de "Residencia en la Tierra".

Entre ellos, bien es recordar siquiera los siguientes:

"Bajo las tumbas, bajo las cenizas,
bajo los caracoles congelados,
bajo las últimas aguas terrestres,
vienes volando.

Más abajo, entre niñas sumergidas,
y plantas ciegas, y pescados rotos,
más abajo, entre nubes otra vez,
vienes volando.

Más allá del vinagre y de la muerte,
entre putrefacciones y violetas,
con tu celeste voz y tus zapatos húmedos,
vienes volando".

Las deliberadas originalidades de concepción formal, que aislaron este tren del vulgo de las composiciones luctuosas y plañideras, no debilitaron por fortuna la corriente de dolor sincero, y el autor consiguió conjugar hábilmente la fuerza interior y la voluntad expresiva. El impulso emocional abrió así, para desplegarse ampliamente, un cauce idiomático que le resultó condigno.

Los otros poemas de "Residencia en la Tierra" los escribió durante su estada en la India, adonde le llevó el ejercicio de sus funciones consulares. La política no le había empujado aún hacia sus iracundas milicias. Y los gobiernos de su patria han demostrado más de una vez que no profesan el desdén a la inteligencia, que es común en aquellos que buscan liberarse de algún modo de sus propios comple-

jos de mediocridad e ineptia. Neruda tornó fecunda su permanencia en la atmósfera milenaria del Oriente. Se ha hablado en términos de exageración sobre la influencia que éste ha cernido sobre un sector de sus obras. El poeta hace bien en aclararlo. "No creo —dice— que mi poesía haya reflejado otra cosa que la sensación de soledad de un forastero en aquel mundo violento y extraño". Si el Oriente le impresionó, fue "como una grande y desventurada familia humana", sin fijar sitio en su conciencia "para sus ritos ni para sus dioses".

Aquella época es en el criterio de Pablo Neruda la más dolorosa de su poesía. Asistió a ceremonias funerales en las que, "igual en las cocinas que en las tumbas", la leña se apagaba de pronto, a medio consumir el ataúd, y había que encender los fósforos uno tras de otro. El poeta sentía caer sobre su alma de solitario toda la pesadumbre de la muerte, mientras "el río corría indiferente dentro de sus márgenes y el cielo azul eterno del Oriente demostraba también su absoluta indiferencia". En ninguna obra de Neruda se muestran con obsesión tan sombría como en "Residencia en la Tierra" los temas del desalado tránsito vital, de la extinción del ser, de la angustia metafísica que posee a toda conciencia desvelada.

Pero también la experiencia íntima, de acentuado interés personal, consiguió transponer sus estrictas fronteras alconjuro de un lirismo original, como ocurrió con el "Tango del Viudo", cuyos versos escribió mientras el barco en que viajaba se sacudía entre el oleaje del Golfo de Bengala, y tras haber abandonado a su novia, "pantera birmana" que tenía celos y aversión a las cartas, los telegramas y hasta el aire que el poeta respiraba:

"Oh, maligna, ya habrás hallado la carta, ya habrás llorado
(de furia,
y habrás insultado el recuerdo de mi madre..."

"Enterrado junto al cocotero hallarás más tarde
el cuchillo que escondí allí por temor de que me mataras,
y ahora repentinamente quisiera oler su acero de cocina
acostumbrado al peso de tu mano y al brillo de tu pie."

Confiesa Pablo Neruda que su viaje a Oriente lo debió a la asiduidad de sus gestiones ante la Cancillería de Chile. El departamento consular le ofreció una destinación en el exterior, bajo el estímulo de sus primeras victorias de abanderado de la nueva poesía; pero tuvo que aguardar largo tiempo, y no sin buscar los medios de influencia sobre el propio despacho ministerial. En todas partes ha sucedido siempre lo mismo: la obra de la inteligencia se queda rezagada porque el forcejeo de los mediocres es la única patente de éxito. Vaga así por el mundo, bajo el atuendo diplomático, una gitanería rumbosa y bobalicona, destituida por lo común de los bienes primordiales de la cultura.

Persistía Neruda en su aspiración de abandonar Chile, convencido de que los viajes enriquecen la experiencia interior y proyectan una apreciable luz orientadora sobre la vocación intelectual. Especialmente aquéllos cuyo destino son las ciudades de la vieja Europa. Los mismos compatriotas del poeta le preguntaban con afán si creía hallar garantías para el desarrollo de sus facultades y su prosperidad literaria bajo la clausura del medio nativo. París era un nombre que seducía, como lo es aún hoy. Nuestra América, a pesar de la batalla de sus espíritus más escogidos, no ha logrado todavía sofocar sus hábitos coloniales. El eco de los países distantes suena con un imperio mayor que el de las voces lugareñas. Todo nuestro continente —declara Neruda— “espera el vuelo de una mosca estética en París para cambiar la dirección de su propio vuelo”. Tardará todavía en llegar la hora de una autonomía artística consciente, establecida por atributos de aguda percepción y fuerza interpretativa de lo nuestro, que no por insulso apego a cursis originalidades regionales. Esa emancipación, tan difícil, tornará claro y visible en la perspectiva universal el semblante de la verdadera cultura hispanoamericana.

Pero para obtener una apreciación de la realidad propia es útil contemplar a ésta desde el horizonte extranjero. Hay pues razones que promueven la necesidad del viaje dentro de la profesión intelectual. Pablo Neruda no quiso desoírlas y tuvo la fortuna de ser comprendido al fin por un gobierno de su patria. Se le entregó una misión consular en Rangoon. El fruto de sus años en Oriente es el de las “Residencias en la Tierra”, que quizás encierran lo más homogéneo de su producción poética. A ellas alude en un capítulo de sus recientes “Memorias”, al mismo tiempo que

esboza ciertas observaciones sobre los funcionarios del servicio exterior de Chile con que tropezó en su itinerario oriental, y que deben ser glosadas brevemente.

Refiere Neruda que llegó con un compañero a Singapur y que ambos creyeron hallarse ya en la vecindad de Rangoon. Amarga desilusión, añade: "Lo que en el mapa era la distancia de algunos milímetros se convirtió en pavoroso abismo. Varios días de barco nos esperaban". El error les resultaba mayúsculo en sus consecuencias personales, pues carecían de dinero para el hotel y los pasajes. Los fondos habían sido despachados a Rangoon por las autoridades chileras. El poeta no perdió su optimismo. Y conviene que se vea cómo pensó desenvolverse, reproduciendo aquí las expresivas frases de su propio testimonio: "Ah! —dice— pero por algo existía el Cónsul de Chile en Singapur, del que yo era colega. El señor Mansilla acudió presuroso. Poco a poco su sonrisa se fue debilitando y en el mismo sitio que ella ocupaba se le quedó colgado un rictus de irritación: 'No puedo ayudarles en nada: ¡Acudan al Ministerio!'".— "Señor Mansilla —le respondió Neruda— voy a verme obligado a dar algunas conferencias sobre nuestra patria con entrada pagada para obtener el dinero del pasaje. Le ruego conseguirme un local y el permiso necesario. El hombre se puso pálido:—¿Conferencias en Singapur? No lo permito. Esta es mi jurisdicción y nadie más que yo puede hablar aquí de Chile". La contestación que le formuló el poeta fue justa y persuasiva, pero no para aquel pobre diablo: "Cálmese, señor Mansilla, le dijo. Mientras más personas hablamos de la patria lejana, tanto mejor". Prefirió el Cónsul prestarle el dinero con las seguridades y ventajas de un verdadero agiotista.

Pero con esta laya de señores Mansilla suelen tropezar también los intelectuales de otros países hispanoamericanos. Es a veces tan perversa la selección del personal de embajadas y consulados, que el viajero de cierta notoriedad prefiere más bien esquivarlo. Tiene ya experiencia de que ese personal conspira frecuentemente contra la misión cultural de las gentes de su propio país por mezquinas razones de defensa. Una presencia ilustre en el medio extranjero constituye un atentado contra la insignificancia de aquellos burócratas, que se sienten como sorprendidos en su chatedad espiritual, y contra la ineficacia de su desempeño rutinario, que tiene todas las trazas de una ociosidad cos-

teada por el Estado. ¡Cuántos intelectuales no conocen cómo es de vano querer romper la vieja costra de ignorancia, de fatuidad, de indiferencia y hasta de recelos comineros de la farándula consular y diplomática!. Esta prefiere que la imagen y los intereses del país al que representa —mal averiguado por ella— no salgan de la opacidad en que su misma alma pequeñuela medra como mimetizada.

Otro dato apunta Neruda en sus Memorias, sobre el propio señor Mansilla, y conviene citarlo para que se compruebe que su caso no es insólito entre los inefables representantes de nuestras Cancillerías. "Este hombre —escribe el poeta— había descubierto una fórmula estupenda. El Consulado no existía. Había por allí un viejo holandés que recibía los derechos consulares y se los remitía a París. El, desde París, y durante años, rendía sus cuentas y sus informes fechándolos en Singapur". Audaz manera de hacerse pagar una vida de pereza y de recreaciones estériles en el costoso mundo europeo, y cuyo secreto no solamente él lo poseía, por desgracia.

Aparte de Mansilla, comparece en los recuerdos nerudianos otros diplomático que "desde su altura empin-gorotada"— no quiso ocuparse de los asuntos del poeta, a que estaba obligado en el orden de sus funciones. Los saraos y la marea de los compromisos sociales le tenían como enajenado del marco de su labor. Se había convertido en un "engolado manequí" para quien la atención a sus compatriotas era un detalle que estaba muy debajo de su rango. Neruda ha logrado estereotipar también en sus Memorias los rasgos de ese cómico personaje.

Pero hay otros recuerdos en esas páginas que representan sobre todo la impulsión lírica del autor.. La áspera vestidura de los acontecimientos desaparece al soplo de un aire de poesía. La mano del evocador se deja gobernar por la emoción obstinada del poeta. Y ello no desplace al que busca algo más que la congrua información. Tal es lo que ocurre precisamente en los recuerdos que esboza de sus días de Ceilán. En la remota isla había contemplado "peces de oscuro azul fosforecente como intenso terciopelo vivo". Y había mirado en las playas la masacre de esas "alhajas del mar": el pescado —dice— "se vendía en pedazos a la pobre población y el machete caía cortando en trozos aquella materia divina de la profundidad que pronto queda convertida en sangrienta mercadería".

A esas impresiones se agregan algunas más radicales, más sustantivas, que no se resuelven en la gracia simple del color, en el puro deleite estético, sino que muestran una disposición interior frente a la vida. De esa guisa es su recuerdo de la soledad en que acaso se movió como un náufrago. Mientras en los poemas moceriles, cuyos dolores y desesperanzas le hacen sonreír en la cumbre de sus sesenta años, la soledad no pasaba de ser un tema y un estímulo de su emoción literaria, en aquella lejana ciudad de Ceilán se convertía en "algo duro como la pared de un prisionero, contra la cual hay que romperse la cabeza, sin que nadie venga aunque grites y llores". Lo grave —añade Neruda— "es que esta pared que me rodeaba era un muro de sol".

Su destino de solitario estuvo determinado por los hábitos de la población del lugar, que para él se mantenían en una misteriosa e inaccesible extranjería, y por la egoísta y amanerada circunspección de los gremios diplomáticos, cuya conducta se le revelaba no sólo extraña e incoincidente con el aura cálida de lo humano que personalmente le poseía, sino también hostil. Pero como la soledad se trueca es un bien para el alma fecunda, los días de Ceilán fueron propicios en la creación de su "Residencia en la Tierra", conjunto de poemas que le fue ligando a las mayores personalidades de la lírica española.

Y de España y de sus poetas escribe Neruda más de una remembranza. Porque después dirigió el consulado de Chile en la ciudad de Madrid: precisamente en los años de atrocidad de la rebelión falangista. La definición nerudiana de aquel país guarda cercano parentesco con la que han ensayado otros escritores hispanoamericanos. Según él, España fue siempre "un campo de gladiadores y una tierra con mucha sangre". Un poco de historia y un acercamiento lúcido al pueblo peninsular dan opción a que se juzgue a éste como a una masa tumultuaria, ciega para los cauces de la serenidad. Su alma vive todos los arrebatos. Es trágica y es generosa. Apta para el heroísmo como para el sacrificio estéril. La lidia de reses bravas es como una imagen de la vocación de la sangre y de la lucha pugnaz de las pasiones en el gran ruedo ibero.

La evocación de España que comparece en estas nuevas páginas de Neruda se concentra en el drama de la re-

volución del 36 y en dos nombres que le fueron y le son queridos: los de Federico García Lorca y Miguel Hernández, poetas a quienes martirizó y llevó a la muerte la facción vencedora, que es la que aún gobierna la Península. Es de veras interesante recoger el testimonio de Pablo Neruda, porque circula por él más de una confidencia hasta hoy desconocida.

El poeta chileno trató familiarmente a Lorca y Hernández. Parece que los admiró sincera y lealmente. Uno de los trenes que sonaron con acento conmovedor en el habla castellana, con ocasión del fusilamiento del inolvidable romancero, fue el de Neruda. Y en su libro de "Las Uvas y el Viento" hay asimismo hermosos versos elegíacos destinados al otro compañero, Miguel Hernández. A esas composiciones se asocian ahora los apuntes de sus "Memorias".

Cuantos conocieron a Federico García hablan de que éste fue un fenómeno de gracia irresistible. Poeta, autor dramático, gran intérprete de la música y el cancionero hispanos, dibujante, actor, todo lo fue y con alma imponente. También Neruda dice: "Federico era la gracia derrochadora, la alegría centrífuga que recogía e irradiaba como un planeta la felicidad de vivir". No militaba en ningún partido. No necesitaba hacerse visible desde ningún apostadero político. Era una de las víctimas inocentes, que con más saña podía escoger la tropilla granadina de la falange para cometer uno de los asesinatos de mayor torpeza y funestidad que recuerde la historia. Así lo hizo, cuando la lírica milagrosa de Federico recién cargaba sus ramas.

Todo comenzó para mí en la noche del 19 de julio de 1936, afirma Neruda. El y Federico García Lorca habían convenido en reunirse aquella noche. Pero el poeta español faltó a la cita. Era que ya iba camino de su muerte. "Ya nunca más nos vimos", agrega el autor de las "Memorias". Federico dejó Madrid, y pocos días después fue fusilado en las fosas de Viznar, aledañas a su Granada nativa. Por cierto, según la metáfora nerudiana, "ningún osario ha tenido bóvedas tan grandes, sombras tan poderosas que pudieran cubrir la luz de Federico, ni borrar la sangre de su muerte".

Antes del espantable acaecido tuvo García Lorca un incidente que es necesario citar aquí fielmente, acudiendo a las expresiones del propio Neruda, pues ellas encierran una

confidencia de cardinal interés. Tras de volver de una gira teatral, con su grupo de actores de "La Barraca", Federico llamó a Neruda y le contó este extraño suceso:

Había llevado su farándula a un lugar remoto de la estepa castellana. Habían acampado en las goteras de un oscuro pueblecito. A la amanecida del día siguiente, sin poder conciliar el sueño por las fatigas y preocupaciones, y bajo "ese frío de cuchillo que Castilla tiene reservado al viajero, tratándolo como a un intruso", se puso a vagar por el viejo parque de una propiedad feudal. Se sentó luego en un capitel caído. Y entonces —dice Neruda— "un cordero pequeñito llegó a ramonear la yerba entre las ruinas y su aparición era como un pequeño ángel de niebla que humanizaba de pronto la soledad cayendo como un pétalo de ternura sobre el paraje. El poeta se sintió acompañado. De pronto, una piara de cerdos entró también al recinto. Eran cuatro o cinco bestias oscuras, cerdos negros semisalvajes con hambre cerril y pezuñas de piedra. Federico presenció entonces una escena de espanto. Al divisar el corderito, los cerdos se echaron sobre él y junto al horror del poeta lo despedazaron y devoraron. Esta escena de sangre y soledad hizo que Federico ordenara a su teatro ambulante continuar inmediatamente el camino". Y agrega el autor chileno: "Transido de horror todavía, tres meses antes de la guerra civil, Federico me contaba esta historia terrible".

Como lo advierte Neruda, ese acontecimiento fue sin duda la imagen con que se anunciaba al propio García Lorca su cercana tragedia, de cordero sacrificado por los chavales que más de una vez han ensangrentado la política de España.

Tras abandonar sus funciones de cónsul intervino Pablo Neruda en la política de Chile. Lo hizo aprovechando el ariete de su seudónimo, pues que su triste nombre de Nefatalí Reyes se quedó confinado para siempre en la amarillenta papelería del registro civil de Temuco. Ocurrió con él un fenómeno semejante al que se dio con José Hernández, cuyo apelativo fue suplantado de manera omnívora por el de Martín Fierro, payador gauchesco que aquél creó en las décimas de un poema inolvidable. Sabido es que a Hernández se lo eligió parlamentario argentino, pero bajo el nombre del personaje de su ficción, y que cuando murió los

discursos que le despedían y los acuerdos funerales no encontraban otro modo de llamarle sino con la designación gloriosa de Martín Fierro.

Pablo Neruda entró en el sentimiento popular con los versos que fue firmando bajo su nombre supuesto. Pero muchos desconocen por qué lo escogió el poeta chileno. Y ante más de un requerimiento él ha escrito en sus "Memorias" esta declaración: "Teniendo catorce años de edad, mi padre perseguía denodadamente mi actividad literaria. No estaba de acuerdo con tener un hijo poeta. Para publicar mis primeras poesías me busqué un nombre que lo despistara totalmente y encontré en una revista este nombre checo, sin saber siquiera que se trataba de un gran escritor venerado por todo un pueblo y con monumento erigido en el barrio de Mala Strana, en Praga. Apenas llegó muchos años después a Praga puse una flor a los pies de su estatua barbuda".

El seudónimo circuló entre gentes de letras y de lecturas a lo largo de ese como infinito callejón que es el territorio chileno. Halló hospitalidad en centenares de almas sensibles. Y luego se extendió también, con actividad corrosiva, en los dominios de la política. Pero su popularidad creció al amparo, no únicamente de los atributos de su poesía, sino de las gárrulas milicias del comunismo. Innecesario es averiguar los motivos que impelieron a Pablo Neruda a tomar ubicación dentro de éstas. Tampoco hace falta ensayar aquí una indagación de la conveniencia y la sinceridad de tal actitud. Una cosa es clara: el poeta chileno parece que ha abominado desde hace mucho tiempo de esos trabajos de orfebrería lírica en los que se alardea de ingenio metafórico y de finura, y se deja, en cambio, pasmados los impulsos de adhesión a las causas supremas de la suerte del hombre. No son de su gusto los poemas en que se muestra estéril la entraña de las inquietudes humanas, de las congojas y angustias de los pueblos: es decir las composiciones —dignas de los escaparates— que se ofrecen cual un encaje sutil, aéreo, sumuoso como inútil, y que van congregando a tantas decenas de funambulescos autores de versos. Justo es el desprecio de Neruda hacia la poesía en que no hay un trémolo de filosofía ni una generosa vehemencia por los intereses del humano destino. Pero su dogmatismo político, que ha sofocado en mucha parte la fuer-

za genital más pura de su lírica, le ha hecho despeñarse en múltiples yerros de escritor.

La beligerancia de Neruda en la vida pública de Chile tuvo un estímulo que él lo explica en sus "Memorias": el de encontrar, después de su larga ausencia, que en la patria abundaban todavía los campos yermos y las aldeas dormidas y que los mineros de la región dura e inhóspita del norte sufrían los males de una ruda explotación. No podía ser otra la reacción de un intelectual de alma despejada, inmune al engaño de la retórica patriota, ajeno a las esquiveces del contemporizador y el cobarde. Hacía bien el poeta en poner su oído sobre las palpitaciones de aquel pueblo doliente. Las soluciones de los agudos problemas de nuestra América deben contar con el esfuerzo de las mentalidades mejor dotadas, no con la peligrosa improvisación de los curacas del ya común canibalismo político. Neruda se acercó a la "gente sin escuela y sin zapatos", de la cual hay millares en toda esta faja del mundo, e hizo una labor proselitista que le condujo al Senado de la República.

Pero "aquella cómoda Sala parlamentaria estaba como acolchada para que no repercutiera en ella el vocerío de las multitudes descontentas". Es lo que ocurre en los países hispanoamericanos. Es lo que ha ocurrido siempre. Se profesa en los gobiernos y los parlamentos una necia sordera a los reclamos colectivos. Antes de llegar a aquéllos se despliega una propaganda fementida de promesas, y ya en el Poder ni se gobierna ni se legisla para las mayorías, que continúan en la más dolorosa depauperación, sufriendo descalcez, hambre, enfermedad, ultrajes, vicio e ignorancia. Ni una centésima parte de ciudadanos puede gozar de las bondades por lo menos mediocres de una existencia normal. La organización de estas repúblicas es todavía perversa: hay mucho que hacer y corregir en ellas. Y si la indiferencia, y si la estolidez, y si la mala fe persisten como estilo de gobierno, llegará una hora de las horas en que la sangrienta marejada del descontento popular lo trastornará todo, para comenzar de nuevo. Las almas lúcidas y justas están obligadas a pedir que se lleve la atención de los poderes públicos a la manta de frío y la desesperada cuchara del hambrón de la calle, al bohío anémico de los litorales y el chozón de los páramos, porque sólo aquéllas aciertan a calcular las dimensiones trágicas de las grandes conmociones colectivas.

Pablo Neruda refiere que en aquellos mismos años de su entrabada —y sin duda incipiente— labor parlamentaria, el pueblo chileno sintió que se le renovaba la esperanza, porque surgió un político inteligente que "juró hacer justicia" si llegaba a la presidencia de la república. Triunfó éste en las elecciones. Pero la justicia prometida no compareció jamás. Y testimonio de ello son las frases siguientes, entresacadas de las "Memorias" del poeta: "Los Presidentes en nuestra América criolla sufren muchas veces una metamorfosis extraordinaria. Cambió de amigos el nuevo Mandatario, entroncó su familia con la aristocracia y poco a poco se convirtió en magnate. Ahora es Presidente de un Banco Internacional. Los compañeros de campaña fueron a las cárceles por no haber estado de acuerdo con sus veleidades".

No es exagerada la observación nerudiana. En estos desastrados países el ejercicio del mando no viene aparejado a sacrificios mayúsculos, a empresas agobiadoras, a heroicas actividades de redención nacional, sino por lo común a la reacción sañuda contra la autonomía del pensamiento, a la cobarde mudanza de los principios, a la ventruda codicia personal, a las torpezas propias de la impreparación y el desconocimiento, a los intereses tiránicos de los pocos beneficiarios.

Neruda sufrió persecución y destierro. Sin que aquí se pretenda ni lejanamente aplaudir su fanatismo comunista, su obsecación sectaria, pues quien lo juzga es un espíritu políticamente libérximo, conviene condonar los métodos de acoso bárbaro de que se le hizo víctima. Se vio obligado el poeta a buscar refugio en moradas descaecidas de trabajadores, a huir por la noche, a enfrentar los riesgos de una travesía por las quiebras de los montes y las aguas coléricas de los ríos, roncos como "bestias terribles". Pero por fin una mañana se encontró con un paisaje verde, "de infinita suavidad serena". Había "prados y prados como hechos por la mano del hombre", y en ellos un "jugueteo de arroyos cristalinos que se entrecruzaban serpentean- teando y parecían dispuestos como en una página de Garcilaso". Una choza abandonada le indicó que había arribado a tierra argentina. Ya era libre. Escribió entonces en la pared de aquella cabaña esta despedida y conmovedora protesta de amor:

"Hasta luego Patria Mía. Me voy, pero te llevo conmigo".